

Mi nombre es Libertad

Me resigno a vivir escondida. Mi creador no me deja salir. Es grande y poderoso, sus pies aplastan a cuantos de nosotras osan entrar en su mundo. Mi vida es dura, si es que a esto le puedo llamar vivir... Vivo en mi grieta y soy huérfana, no sé mi nombre ya que mi madre no me lo pudo decir, Dios la aplastó con su pie cuando salió a buscar comida para mí y mis hermanos. Suerte que las hembras de la colonia se hicieron cargo de nosotros, sino ahora no podría contarte esto.

Algún intrépido aventurero se atreve a salir fuera, donde reina la deidad de los humanos. Algunos vuelven, otros no. No son héroes, sino tontos, no son aclamados, sino odiados porque por culpa de ellos las deidades humanas toman represalias contra nosotras, nuestras crías, nuestras vidas, nuestro futuro. Para ellos no somos mas que seres inferiores, simple estorbo, repugnantes.

Fueron ellos quienes nos crearon, según nuestra memoria. Mi instructora me dijo una vez que si no fuera por lo que hay en el suelo en su mundo, nunca habiéramos existido. Somos su creación, pero se avergüenzan de nosotras. ¿No hemos sido buenas súbditas acaso? A veces pienso, pero luego olvido, no soy una diosa. Soy lo que ellos llaman una cucaracha. Y no puedo pensar como ellos.

Mañana sale una expedición, yo voy en ella. Voy a morir, como fue mi madre. Pero voy a ver a mi creador, a mi padre, a mi Dios.

Apenas asomé mis antenas por la grieta ví a un ser gigante, enorme, casi como veinte colonias. Era extraño, tenía dos extremidades que a su vez tenían cinco extremidades más. Era tan raro que estuve a punto de echarme atrás. Había bastantes Dioses, ¿Cuál de ellos sería mi padre?. ¿A cuál rezaba en mis noches oscuras, encerrada en mi grieta, sin ver la luz blanquecina que reina en el mundo de los Dioses?

Aproveché una distracción de uno de los Dioses para salir de la grieta. Pasé por detrás de una gran cañería metálica que emanaba agua a una velocidad sorprendente. Pensar los días que pasé sin

poder probar agua, succionando la humedad de las paredes, y aquí... era mejor no pensar en ello y seguir mi camino hacia mi inminente muerte, hacia mi destino. Me escondí detrás de un objeto de forma circular que estaba apoyado contra la pared. Esperé otra distracción más por parte de mi guardia que vigilaba recelosamente, seguro que debe de haber visto a alguna de mis compañeras, ¿o tal vez a mí? Seguí caminando por el encharcado suelo. Mis patas resbalaban en alguna que otra balsa de agua. Era imposible caminar por ese terreno sin mojarse o sin ser vista.

Ahora, en medio de territorio enemigo, me preguntaba que hacía yo ahí. Seguí mi camino sin darle importancia a la incógnita que mi mente me formulaba. La luz era cegante, y se veía un movimiento continuo por los alrededores. Algunas de mis compañeras habían muerto, otras, cobardes, han huido y han regresado a la grieta por donde habíamos llegado. Maldita sea, pensé, me veía cada vez más sola. No sabía que hacer. Cada segundo que pasaba veía más claramente que el momento de mi muerte se acercaba. Daba igual, todo ha de terminar algún día. Continué. ¿Donde me conduciría el destino? No lo sé. Me acerqué al borde de la superficie. Ante mis ojos había un gran acantilado. La caída sería mortal. Decidí bajar por la pared y una vez en el suelo iría lo más deprisa posible y me escondería a pensar el próximo paso.

Durante mi descenso pude comprobar como el continuo tránsito de Dioses iba amainando como había cesado de salir agua de aquel tubo metálico. Descendí por las sombras, para que no pudieran observarme. Ya faltaba menos. El suelo estaba más cerca cada momento que pasaba.

Al fin pude tocar esa superficie fría. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. No tenía tiempo de pensar en por donde debía seguir. Simplemente corrí todo lo que dieron mis patas. Me escondí. Estaba debajo de una gran edificación plateada con una gran puerta que ocupaba toda la parte frontal. Debajo de ese extraño edificio pasé la noche. Fue un atardecer mágico. El sol titiló un par de veces antes de sumirse en la negrura. Pasé de ver el Sol en lo más alto de mi cabeza hasta que se hacía de noche en sólo unos instantes.

Poco a poco el miedo fue amainando. Y dejó paso al escepticismo, debía de estar soñando, nada de esto podía ser real. Ya no estaba en mi mundo. Y las leyes que aprendí en mi colonia ya no pueden

aplicarse a esta realidad.

Ahora debía de pensar como sobrevivir en un mundo que no es el mío, a no ser que mañana ya no despierte. Eso sería una gran ayuda, mi salvación.

A mi memoria vino el recuerdo de que no había iniciado sola esta expedición, ¿qué habría sido de mis compañeras? ¿habrán muerto todas, o por el contrario habrán podido volver a la colonia? De todas maneras ya daba igual. No me podrían ayudar, seguramente pensarían que ya estaba muerta. Bueno, todo tenía que suceder algún día. Prefiero morir mañana que haber vivido sin conocer este maravilloso mundo, lleno de grandes infraestructuras, dignas solo de Dioses, no de escoria como yo.

Sin darme cuenta me dormí. Cuando desperté a la mañana siguiente me costó situarme. Todo eran preguntas.

Fuera de mi escondrijo, debajo de ese edificio plateado con una gran puerta que lo ocupaba entero, se apreciaba una mañana luminosa, y para asombro de mis ojos la luz no venía del Sol sino de otro sitio e iluminaba todo el mundo.

El tránsito de Deidades volvió a ser concurrido.

Salí con sigilo al exterior y procuré no ser vista por ninguno de los Dioses.

Si la vida en la colonia había resultado aburrida por lo menos allí no tenía que preocuparme por cada paso que daba. Sin embargo, ahora, si no me movía procurando no ser vista moriría. No me daba miedo la muerte. Sino que mis Dioses me castigaran por morir en su reino.

¿Por qué era todo tan difícil? ¿Por qué es más fácil morir que vivir? A veces desearía ser más ignorante y no preguntarme tantas realidades y preocuparme simplemente por vivir. ¿Acaso tiene otro sentido la vida? Si algo me enseñó mi instructora es que en la vida solo hay una cosa segura... la muerte. Y mi hora ya había llegado. Pero a diferencia de mis compañeros yo moriré libre, en el mundo de los Dioses. No como ellas.

Eso me provocaba una enorme satisfacción. Soy libre.

Me apresuré a salir de mi escondrijo de una vez. Pero no conté con que unos ojos me observaban. Su

voz dulce gritó algo en un idioma extraño, imposible de pronunciar. Pero sonaba a alarma. Me habían visto.

Procuré no asustarme, conservar la calma es siempre una virtud. En este caso suponía una muerte sin agonía.

Ví a mi Dios alzar la pierna y mientras esta bajaba recordé mi nombre... mi nombre es Libertad.

© Tomás Sánchez Panero